



PAULO COELHO



EL
ALQUIMISTA



booket



PAULO COELHO



El
ALQUIMISTA



TRADUCCIÓN DE MONTSERRAT MIRA

 Planeta



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *O Alquimista*

© Paulo Coelho, 1988

Publicado de acuerdo con Sant Jordi Asociados, Agencia Literaria S. L. U., Barcelona (España)

www.paulocoelhoblog.com

© por la traducción, Montserrat Mira, 1997

© Editorial Planeta, S. A., 1998, 2017

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta y guardas: Booket / Área Editorial Grupo Planeta a partir de la idea original de © Laura Beers

Ilustración de la cubierta: © Jim Tierney

Primera edición en Colección Booket: junio de 2006

Primera edición en esta presentación: noviembre de 2025

Depósito legal: B. 17.919-2025

ISBN: 978-84-08-31048-8

Impreso en España

Índice

<i>Prefacio</i>	11
Prólogo	17
PRIMERA PARTE	19
SEGUNDA PARTE	65
Epílogo	175

EL MUCHACHO se llamaba Santiago. Comenzaba a oscurecer cuando llegó con su rebaño frente a una vieja iglesia abandonada. El techo se había derrumbado hacía mucho tiempo y un enorme sicomoro había crecido en el lugar que antes ocupaba la sacristía.

Decidió pasar allí la noche. Hizo que todas las ovejas entrasen por la puerta en ruinas y luego colocó algunas tablas de manera que no pudieran huir durante la noche. No había lobos en aquella región, pero cierta vez una se había escapado por la noche y él se había pasado todo el día siguiente buscando a la oveja prófuga.

Extendió su chaqueta en el suelo y se acostó, usando el libro que acababa de leer como almohada. Recordó, antes de dormir, que tenía que comenzar a leer libros más gruesos: se tardaba más en acabarlos y resultaban ser almohadas más confortables durante la noche.

Aún estaba oscuro cuando se despertó. Miró hacia arriba y vio que las estrellas brillaban a través del techo semiderruido.

«Hubiera querido dormir un poco más», pensó. Había tenido el mismo sueño que la semana

pasada y otra vez se había despertado antes del final.

Se levantó y tomó un trago de vino. Después cogió el cayado y empezó a despertar a las ovejas que aún dormían. Se había dado cuenta de que, en cuanto él se despertaba, la mayor parte de los animales también lo hacía. Como si hubiera alguna misteriosa energía que uniera su vida a la de aquellas ovejas que desde hacía dos años recorrían con él la tierra, en busca de agua y alimento. «Ya se han acostumbrado tanto a mí que conocen mis horarios», dijo en voz baja. Reflexionó un momento y pensó que también podía ser lo contrario: que fuera él quien se hubiese acostumbrado al horario de las ovejas.

Algunas de ellas, no obstante, tardaban un poco más en levantarse; el muchacho las despertó una por una con su cayado, llamando a cada cual por su nombre. Siempre había creído que las ovejas eran capaces de entender lo que él les decía. Por eso de vez en cuando les leía fragmentos de los libros que le habían impresionado, o les hablaba de la soledad y de la alegría de un pastor en el campo, o les comentaba las últimas novedades que veía en las ciudades por las que solía pasar.

En los dos últimos días, sin embargo, el asunto que le preocupaba no había sido más que uno: la hija del comerciante que vivía en la ciudad adonde llegarían dentro de cuatro días. Sólo había estado allí una vez, el año anterior. El comerciante era dueño de una tienda de tejidos y le gustaba presenciar siempre el esquileo de las ovejas para evitar falsificaciones. Un amigo le había indicado la tienda, y el pastor llevó allí sus ovejas.

—NECESITO VENDER lana —le dijo al comerciante.

La tienda del hombre estaba llena, y el comerciante rogó al pastor que esperase hasta el atardecer. El muchacho se sentó en la acera de enfrente de la tienda y sacó un libro de su zurrón.

—No sabía que los pastores fueran capaces de leer libros —dijo una voz femenina a su lado.

Era una joven típica de la región de Andalucía, con sus cabellos negros y lisos y unos ojos que recordaban vagamente a los antiguos conquistadores moros.

—Es porque las ovejas enseñan más que los libros —respondió el muchacho.

Se quedaron conversando durante más de dos horas. Ella le contó que era hija del comerciante y le habló de la vida en la aldea, donde cada día era igual que el anterior. El pastor le habló de los campos de Andalucía y sobre las últimas novedades que había visto en las ciudades que había visitado. Estaba contento por no tener que conversar siempre con las ovejas.

—¿Cómo aprendiste a leer? —le preguntó la moza en un momento dado.

—Como todo el mundo —repuso el chico—. Yendo a la escuela.

—¿Y si sabes leer, por qué no eres más que un pastor?

El muchacho dio una disculpa cualquiera para no responder a aquella pregunta. Estaba seguro de que la muchacha jamás lo entendería. Siguió contando sus historias de viaje, y los ojillos moros se

abrían y se cerraban de espanto y sorpresa. A medida que transcurría el tiempo, el muchacho comenzó a desear que aquel día no se acabase nunca, que el padre de la joven siguiera ocupado durante mucho tiempo y le mandase esperar tres días. Se dio cuenta de que estaba sintiendo algo que nunca antes había sentido: las ganas de quedarse a vivir en una ciudad para siempre. Con la niña de los cabellos negros, los días nunca serían iguales.

Pero el comerciante finalmente llegó y le mandó esquilar cuatro ovejas. Después le pagó lo estipulado y le pidió que volviera al año siguiente.



AHORA FALTABAN apenas cuatro días para llegar nuevamente a la misma aldea. Estaba excitado y al mismo tiempo se sentía inseguro; tal vez la chica ya lo hubiera olvidado. Por allí pasaban muchos pastores para vender lana.

—No importa —dijo el muchacho a sus ovejas—. Yo también conozco a otras chicas en otras ciudades.

Pero en el fondo de su corazón, sabía que *sí* importaba. Y que tanto los pastores, como los marineros, como los viajeros de comercio siempre conocían una ciudad donde había alguien capaz de hacerles olvidar la alegría de viajar libres por el mundo.

COMENZÓ A RAYAR el día y el pastor colocó a las ovejas en dirección al sol. «Ellas nunca necesitan tomar una decisión —pensó—. Quizá por eso permanecen siempre tan cerca de mí.» La única necesidad que las ovejas sentían era la del agua y la de la comida. Mientras el muchacho conociese los mejores pastos de Andalucía, ellas continuarían siendo sus amigas. Aunque los días fueran todos iguales, con largas horas arrastrándose entre el nacimiento y la puesta del sol; aunque jamás hubieran leído un solo libro en sus cortas vidas y no conocieran la lengua de los hombres que contaban las novedades en las aldeas, ellas estaban contentas con su alimento, y eso bastaba. A cambio, ofrecían generosamente su lana, su compañía y —de vez en cuando— su carne.

«Si hoy me volviera un monstruo y decidiese matarlas, una por una, ellas sólo se darían cuenta cuando casi todo el rebaño hubiese sido exterminado —pensó el muchacho—. Porque confían en mí y se olvidaron de confiar en su propio instinto. Sólo porque las llevo hasta el agua y la comida.»

El muchacho comenzó a extrañarse de sus propios pensamientos. Quizá la iglesia, con aquel sicomoro creciendo dentro, estuviese embrujada. Había hecho que soñase el mismo sueño por segunda vez, y le estaba provocando una sensación de rabia contra sus compañeras, siempre tan fieles. Bebió un nuevo trago del vino que le había sobrado de la cena la noche anterior y apretó contra el cuerpo su chaqueta. Sabía que dentro de unas horas, con el sol alto, el calor sería tan fuerte que no podría conducir a las ovejas por el campo. Era

la hora en que toda España dormía en verano. El calor se prolongaba hasta la noche y durante todo ese tiempo él tenía que cargar con la chaqueta. No obstante, cuando pensaba en quejarse de su peso, siempre se acordaba de que gracias a ella no había sentido frío por la mañana.

«Tenemos que estar siempre preparados para las sorpresas del tiempo», pensaba entonces, y se sentía agradecido por el peso de la chaqueta.

La chaqueta tenía una finalidad, y el muchacho también. En dos años de recorrido por las planicies de Andalucía ya se conocía de memoria todas las ciudades de la región, y ésta era la gran razón de su vida: viajar. Estaba pensando en explicar esta vez a la chica por qué un simple pastor sabe leer: había estado hasta los dieciséis años en un seminario. Sus padres querían que él fuese cura, motivo de orgullo para una simple familia campesina que apenas trabajaba para conseguir comida y agua, como sus ovejas. Estudió latín, español y teología. Pero desde niño soñaba con conocer el mundo, y esto era mucho más importante que conocer a Dios y los pecados de los hombres. Cierta tarde, al visitar a su familia, se había armado de valor y le había dicho a su padre que no quería ser cura. Quería viajar.



—HOMBRES DE TODO el mundo ya pasaron por esta aldea, hijo —dijo su padre—. Vienen en busca de cosas nuevas, pero continúan siendo las mismas personas. Van hasta la colina para conocer el

castillo y opinan que el pasado era mejor que el presente. Pueden tener los cabellos rubios o la piel oscura, pero son iguales que los hombres de nuestra aldea.

—Pero yo no conozco los castillos de las tierras de donde ellos vienen —replicó el muchacho.

—Esos hombres, cuando conocen nuestros campos y nuestras mujeres, dicen que les gustaría vivir siempre aquí —continuó el padre.

—Quiero conocer a las mujeres y las tierras de donde ellos vinieron —dijo el chico—, porque ellos nunca se quedan por aquí.

—Los hombres traen el bolsillo lleno de dinero —insistió el padre—. Entre nosotros, sólo los pastores viajan.

—Entonces seré pastor.

El padre no dijo nada más. Al día siguiente le dio una bolsa con tres antiguas monedas de oro españolas.

—Las encontré un día en el campo. Iban a ser tu dote para la Iglesia. Compra tu rebaño y recorre el mundo hasta que aprendas que nuestro castillo es el más importante y que nuestras mujeres son las más bellas.

Y lo bendijo. En los ojos del padre él leyó también el deseo de recorrer el mundo. Un deseo que aún persistía, a pesar de las decenas de años que había intentado sepultarlo con agua, comida, y el mismo lugar para dormir todas las noches.

EL HORIZONTE se tiñó de rojo, y después apareció el sol. El muchacho recordó la conversación con el padre y se sintió alegre; ya había conocido muchos castillos y a muchas mujeres (aunque ninguna como aquella que lo esperaba dentro de dos días). Tenía una chaqueta, un libro que podía cambiar por otro y un rebaño de ovejas. Lo más importante, sin embargo, era que cada día realizaba el gran sueño de su vida: viajar. Cuando se cansara de los campos de Andalucía podía vender sus ovejas y hacerse marinero. Cuando se cansara del mar ya habría conocido muchas ciudades, a muchas mujeres y muchas oportunidades de ser feliz.

«No entiendo cómo buscan a Dios en el seminario», pensó mientras miraba el sol que nacía. Siempre que le era posible buscaba un camino diferente para recorrer. Nunca había estado en aquella iglesia antes, a pesar de haber pasado tantas veces por allí. El mundo era grande e inagotable, y si él dejara que las ovejas le guiaran apenas un poquito, iba a terminar descubriendo más cosas interesantes. «El problema es que ellas no se dan cuenta de que están haciendo caminos nuevos cada día. No perciben que los pastos cambian, que las estaciones son diferentes, porque sólo están preocupadas por el agua y la comida. Quizá suceda lo mismo con todos nosotros —pensó el pastor—. Hasta conmigo, que no pienso en otras mujeres desde que conocí a la hija del comerciante.»

Miró al cielo y calculó que llegaría a Tarifa antes de la hora del almuerzo. Allí podría cambiar su libro por otro más voluminoso, llenar la bota de

vino y afeitarse y cortarse el pelo; tenía que estar bien para su encuentro con la chica y no quería pensar en la posibilidad de que otro pastor hubiera llegado antes que él, con más ovejas, para pedir su mano.

«Es justamente la posibilidad de realizar un sueño lo que hace que la vida sea interesante», reflexionó mientras miraba de nuevo el cielo y apretaba el paso. Acababa de acordarse de que en Tarifa vivía una vieja capaz de interpretar los sueños. Y él había tenido un sueño repetido aquella noche.



LA VIEJA CONDUJO al muchacho hasta un cuarto en el fondo de la casa, separado de la sala por una cortina hecha con tiras de plástico de varios colores. Dentro había una mesa, una imagen del Sagrado Corazón de Jesús y dos sillas.

La vieja se sentó y le pidió a él que hiciese lo mismo. Después le cogió ambas manos y empezó a rezar en voz baja.

Parecía un rezo gitano. El muchacho ya había encontrado a muchos gitanos por el camino; los gitanos viajaban y, sin embargo, no cuidaban ovejas. La gente decía que su vida se basaba en engañar a los demás; también decían que tenían un pacto con los demonios, y que raptaban criaturas para tenerlas como esclavas en sus misteriosos campamentos. De pequeño siempre había tenido mucho miedo de que lo raptaran los gitanos, y ese temor antiguo revivió mientras la vieja le sujetaba las manos.

«Pero tiene la imagen del Sagrado Corazón de Jesús», pensó procurando calmarse. No quería que sus manos empezaran a temblar y la vieja percibiese su miedo. Rezó un padrenuestro en silencio.

—Qué interesante —dijo la vieja sin apartar los ojos de la mano del muchacho. Y volvió a guardar silencio.

El chico se estaba poniendo nervioso. Sin poder impedirlo, sus manos empezaron a temblar, y la vieja se dio cuenta. Él las retiró rápidamente.

—No he venido aquí para que me lean las manos —dijo, ya arrepentido de haber entrado en aquella casa. Pensó por un momento que era mejor pagar la consulta e irse de allí sin saber nada. Le estaba dando demasiada importancia a un sueño repetido.

—Tú has venido a saber de sueños —respondió la vieja—. Y los sueños son el lenguaje de Dios. Cuando Él habla el lenguaje del mundo, yo puedo interpretarlo. Pero si habla el lenguaje de tu alma, sólo tú podrás entenderlo. Y yo te voy a cobrar la consulta de cualquier manera.

«Otro truco», pensó el muchacho. Sin embargo, decidió arriesgarse. Un pastor corre siempre el riesgo de los lobos o de la sequía, y eso es lo que hace que el oficio de pastor sea más excitante.

—Tuve el mismo sueño dos veces seguidas —explicó—. Soñé que estaba en un prado con mis ovejas cuando aparecía un niño y empezaba a jugar con los animales. No me gusta que molesten a mis ovejas, porque se asustan de los extraños. Pero los niños siempre consiguen tocar a los animales sin que ellos se asusten. No sé por qué. No sé cómo pueden saber los animales la edad de los seres humanos.

—Vuelve a tu sueño —ordenó la vieja—. Tengo

una olla en el fuego. Además, tienes poco dinero y no puedes comprar todo mi tiempo.

—El niño seguía jugando con las ovejas durante algún tiempo —continuó el muchacho, un poco presionado— y de repente me cogía de la mano y me llevaba hasta las Pirámides de Egipto.

El chico esperó un poco para ver si la vieja sabía lo que eran las Pirámides de Egipto. Pero la vieja continuó callada.

—Entonces, en las Pirámides de Egipto —pronunció las tres últimas palabras lentamente, para que la vieja pudiera entender bien—, el niño me decía: «Si vienes hasta aquí encontrarás un tesoro escondido.» Y cuando iba a mostrarme el lugar exacto, me desperté. Las dos veces.

La vieja continuó en silencio durante algún tiempo. Después volvió a coger las manos del muchacho y a estudiarlas atentamente.

—No voy a cobrarte nada ahora —dijo la vieja—. Pero quiero una décima parte del tesoro si lo encuentras.

El muchacho rió feliz. ¡Iba a ahorrarse el poco dinero que tenía gracias a un sueño que hablaba de tesoros escondidos! La vieja debía de ser realmente gitana, porque los gitanos tenían fama de ser un poco tontos.

—Entonces interprete el sueño —le pidió.

—Antes, jura. Júrame que me vas a dar la décima parte de tu tesoro a cambio de lo que voy a decirte.

El chico juró. La vieja le pidió que repitiera el juramento mirando la imagen del Sagrado Corazón de Jesús.

—Es un sueño del Lenguaje del Mundo —dijo ella—. Puedo interpretarlo, aunque es una inter-

pretación muy difícil. Por eso creo que merezco mi parte en tu hallazgo. He aquí la interpretación: tienes que ir hasta las Pirámides de Egipto. Nunca oí hablar de ellas, pero si fue un niño el que te las mostró es porque existen. Allí encontrarás un tesoro que te hará rico.

El muchacho se quedó sorprendido y después irritado. No necesitaba haber buscado a la vieja para esto. Finalmente recordó que no iba a pagar nada.

—Para esto no necesitaba haber perdido mi tiempo —dijo.

—Por eso te dije que tu sueño era difícil. Las cosas simples son las más extraordinarias, y sólo los sabios consiguen verlas. Puesto que yo no soy sabia, tengo que conocer otras artes, como la lectura de las manos.

—¿Y cómo voy a llegar hasta Egipto?

—Yo sólo interpreto sueños. No sé transformarlos en realidad. Por eso tengo que vivir de lo que mis hijas me dan.

—¿Y si no llego hasta Egipto?

—Me quedo sin cobrar. No sería la primera vez.

Y la vieja no dijo nada más. Le pidió al muchacho que se fuera, porque ya había perdido mucho tiempo con él.



EL MUCHACHO SALIÓ decepcionado y convencido de que no creería nunca más en sueños. Se acordó de que tenía varias cosas que hacer: fue al colmado a comprar algo de comida, cambió su libro por

otro más grueso y se sentó en un banco de la plaza para saborear el nuevo vino que había comprado. Era un día caluroso y el vino, por uno de estos misterios insondables, conseguía refrescar un poco su cuerpo. Las ovejas estaban a la entrada de la ciudad, en el establo de un nuevo amigo suyo. Conocía a mucha gente por aquellas zonas, y por eso le gustaba viajar. Uno siempre acaba haciendo amigos nuevos y no es necesario quedarse con ellos día tras día. Cuando vemos siempre a las mismas personas (y esto pasaba en el seminario) terminamos haciendo que pasen a formar parte de nuestras vidas. Y como ellas forman parte de nuestras vidas, pasan también a querer modificar nuestras vidas. Y si no somos como ellas esperan que seamos, se molestan. Porque todas las personas saben exactamente cómo debemos vivir nuestra vida.

Y nunca tienen idea de cómo deben vivir sus propias vidas. Como la mujer de los sueños, que no sabía transformarlos en realidad.

Decidió esperar a que el sol estuviera un poco más bajo antes de seguir con sus ovejas en dirección al campo. Dentro de tres días estaría con la hija del comerciante.

Empezó a leer el libro que le había proporcionado el cura de Tarifa. Era un libro voluminoso, que hablaba de un entierro ya desde la primera página. Además, los nombres de los personajes eran complicadísimos. Pensó que si algún día él escribía un libro haría aparecer a los personajes de forma sucesiva, para que los lectores no tuviesen tanto trabajo en recordar nombres.

Cuando consiguió concentrarse un poco en la lectura —y era buena, porque hablaba de un entie-

rrero en la nieve, lo que le transmitía una sensación de frío debajo de aquel inmenso sol—, un viejo se sentó a su lado y empezó a buscar conversación.

—¿Qué están haciendo? —preguntó el viejo señalando a las personas en la plaza.

—Están trabajando —repuso el muchacho secamente, y volvió a fingir que estaba concentrado en la lectura. En realidad estaba pensando en esquilar las ovejas delante de la hija del comerciante, para que ella viera que era capaz de hacer cosas interesantes. Ya había imaginado esta escena una infinidad de veces: en todas ellas, la chica quedaba deslumbrada cuando él empezaba a explicarle que las ovejas se deben esquilar desde atrás hacia adelante. También intentaba acordarse de algunas buenas historias para contarle mientras esquilaba las ovejas. Casi todas las historias las había leído en los libros, pero las contaría como si las hubiera vivido personalmente. Ella nunca se daría cuenta porque no sabía leer libros.

El viejo, sin embargo, insistió. Explicó que estaba cansado, con sed, y le pidió un trago de vino. El muchacho le ofreció su botella; quizá así se callaría.

Pero el viejo quería conversación a toda costa. Le preguntó qué libro estaba leyendo. Él pensó en ser descortés y cambiarse de banco, pero su padre le había enseñado a respetar a los ancianos. Entonces ofreció el libro al viejo por dos razones: la primera, porque no sabía pronunciar el título; y la segunda, porque si el viejo no sabía leer, sería él quien se cambiaría de banco para no sentirse humillado.

—Humm... —dijo el viejo inspeccionando el volumen por todos los costados, como si fuese un ob-

jeto extraño—. Es un libro importante, pero muy aburrido.

El muchacho se quedó sorprendido. El viejo sabía leer, y además ya había leído aquel libro. Y si era aburrido, como él decía, aún tendría tiempo de cambiarlo por otro.

—Es un libro que habla de lo que hablan casi todos los libros —continuó el viejo—. De la incapacidad que las personas tienen para escoger su propio destino. Y termina haciendo que todo el mundo crea la mayor mentira del mundo.



—¿CUÁL ES LA MAYOR mentira del mundo? —indagó, sorprendido, el muchacho.

—Es ésta: en un determinado momento de nuestra existencia, perdemos el control de nuestras vidas, y éstas pasan a ser gobernadas por el destino. Ésta es la mayor mentira del mundo.

—Conmigo no sucedió tal cosa —replicó el muchacho—. Querían que yo fuese cura, pero yo decidí ser pastor.

—Así es mejor —dijo el viejo—, porque te gusta viajar.

«Ha adivinado mi pensamiento», reflexionó el chico. El viejo, mientras tanto, hojeaba el grueso libro sin la menor intención de devolvérselo. El muchacho observó que vestía una ropa extraña; parecía un árabe, lo cual no era raro en aquella región. África quedaba a pocas horas de Tarifa; sólo había que cruzar el pequeño estrecho en un barco.

Muchas veces aparecían árabes en la ciudad, haciendo compras y rezando oraciones extrañas varias veces al día.

—¿De dónde es usted? —preguntó.

—De muchas partes.

—Nadie puede ser de muchas partes —dijo el muchacho—. Yo soy un pastor y estoy en muchas partes, pero soy de un único lugar, de una ciudad cercana a un castillo antiguo. Allí fue donde nací.

—Entonces podemos decir que yo nací en Salem.

El muchacho no sabía dónde estaba Salem, pero no quiso preguntarlo para no sentirse humillado con la propia ignorancia. Permaneció un rato contemplando la plaza. Las personas iban y venían, y parecían muy ocupadas.

—¿Cómo está Salem? —preguntó buscando alguna pista.

—Como siempre.

Esto no era ninguna pista. Pero sabía que Salem no estaba en Andalucía, si no él ya la habría conocido

—¿Y qué hace usted en Salem? —insistió.

—¿Que qué es lo que hago en Salem? —El viejo por primera vez soltó una buena carcajada—. ¡Vamos! ¡Yo soy el rey de Salem!

La gente dice muchas cosas raras, pensó el muchacho. A veces es mejor estar con las ovejas, que son calladas y se limitan a buscar alimento y agua. O es mejor estar con los libros, que cuentan historias fantásticas siempre en los momentos en que uno quiere oírlas. Pero cuando uno habla con personas, éstas dicen ciertas cosas que nos dejan sin saber cómo continuar la conversación.

—Mi nombre es Melquisedec —dijo el viejo—. ¿Cuántas ovejas tienes?

—Las suficientes —respondió el muchacho. El viejo empezaba a querer saber demasiado sobre su vida.

—Entonces estamos ante un problema. No puedo ayudarte mientras tú consideres que tienes las ovejas suficientes.

El muchacho se irritó. No había pedido ayuda. Era el viejo quien había pedido vino, conversación y el libro.

—Devuélvame el libro —dijo—. Tengo que ir a buscar mis ovejas y seguir adelante.

—Dame la décima parte de tus ovejas —propuso el viejo—, y yo te enseñaré cómo llegar hasta el tesoro escondido.

El chico volvió a acordarse entonces del sueño y de repente lo vio todo claro. La vieja no le había cobrado nada pero el viejo —que quizá fuese su marido— iba a conseguir arrancarle mucho más dinero a cambio de una información inexistente. El viejo debía de ser gitano también.

Antes de que el muchacho dijese nada, el viejo se inclinó, cogió una rama y comenzó a escribir en la arena de la plaza. Cuando se inclinaba, algo se vio brillar en su pecho, con una intensidad tal que casi cegó al muchacho. Pero en un movimiento excesivamente rápido para alguien de su edad, volvió a cubrir el brillo con el manto. Los ojos del muchacho recobraron su normalidad y pudo ver lo que el viejo estaba escribiendo.

En la arena de la plaza principal de aquella pe-

queña ciudad, leyó el nombre de su padre y de su madre. Leyó la historia de su vida hasta aquel momento, los juegos de su infancia, las noches frías del seminario. Leyó el nombre de la hija del comerciante, que ignoraba. Leyó cosas que jamás había contado a nadie, como el día en que robó el arma de su padre para matar venados, o su primera y solitaria experiencia sexual.



«SOY EL REY de Salem», había dicho el viejo.

—¿Por qué un rey conversa con un pastor? —preguntó el muchacho, avergonzado y admiradísimo.

—Existen varias razones. Pero la más importante es que tú has sido capaz de cumplir tu Leyenda Personal.

El muchacho no sabía qué era eso de la Leyenda Personal.

—Es aquello que siempre deseaste hacer. Todas las personas, al comienzo de su juventud, saben cuál es su Leyenda Personal. En ese momento de la vida todo se ve claro, todo es posible, y ellas no tienen miedo de soñar y desear todo aquello que les gustaría hacer en sus vidas. No obstante, a medida que el tiempo va pasando, una misteriosa fuerza trata de convencerlas de que es imposible realizar la Leyenda Personal.

Lo que el viejo estaba diciendo no tenía mucho sentido para el muchacho. Pero él quería saber qué eran esas «fuerzas misteriosas»; la hija del comerciante se quedaría boquiabierta con esto.

—Son fuerzas que parecen malas, pero en verdad te están enseñando cómo realizar tu Leyenda Personal. Están preparando tu espíritu y tu voluntad, porque existe una gran verdad en este planeta; seas quien seas o hagas lo que hagas, cuando desees con firmeza alguna cosa, es porque este deseo nació en el alma del Universo. Es tu misión en la Tierra.

—¿Aunque sólo sea viajar? ¿O casarse con la hija de un comerciante de tejidos?

—O buscar un tesoro. El Alma del Mundo se alimenta con la felicidad de las personas. O con la infelicidad, la envidia, los celos. Cumplir su Leyenda Personal es la única obligación de los hombres. Todo es una sola cosa. Y cuando quieres algo, todo el Universo conspira para que realices tu deseo.

Durante algún tiempo permanecieron silenciosos, contemplando la plaza y la gente. Fue el viejo quien habló primero.

—¿Por qué cuidas ovejas?

—Porque me gusta viajar.

El viejo señaló a un vendedor de palomitas de maíz que, con su carrito rojo, estaba en un rincón de la plaza.

—Aquel vendedor también deseó viajar cuando era niño; pero prefirió comprar un carrito para vender sus palomitas y así juntar dinero durante años. Cuando sea viejo, piensa pasar un mes en África. Jamás entendió que la gente siempre está en condiciones de realizar lo que sueña.

—Debería haber elegido ser pastor —pensó en voz alta el muchacho.

—Lo pensó —dijo el viejo—. Pero los vendedores de palomitas de maíz son más importantes que los pastores. Tienen una casa, mientras que los pastores duermen a la intemperie. Las personas prefieren casar a sus hijas con vendedores de palomitas antes que con pastores.

El muchacho sintió una punzada en el corazón al recordar a la hija del comerciante. En su ciudad debía de haber algún vendedor de palomitas.

—En fin, que lo que las personas piensan sobre vendedores de palomitas y pastores pasa a ser más importante para ellas que la Leyenda Personal.

El viejo hojeó el libro y se distrajo leyendo una página. El chico esperó un poco y lo interrumpió de la misma manera que él lo había interrumpido.

—¿Por qué habla de todo esto conmigo?

—Porque tú intentas vivir tu Leyenda Personal. Y estás a punto de desistir de ella.

—¿Y usted aparece siempre en estos momentos?

—No siempre de esta forma, pero jamás dejé de aparecer. A veces aparezco bajo la forma de una buena salida, de una buena idea. Otras veces, en un momento crucial, hago que todo se vuelva más fácil. Y cosas así. Pero la mayor parte de la gente no se da cuenta.

El viejo le contó que la semana pasada había tenido que aparecer ante un *garimpeiro* (buscador de oro y piedras preciosas) bajo la forma de una piedra. El *garimpeiro* lo había dejado todo para partir en busca de esmeraldas. Durante cinco años trabajó en un río, y había partido 999999 piedras en busca de una esmeralda. En ese momento el *garimpeiro* pensó en desistir, y sólo le faltaba una piedra, solamente UNA PIEDRA, para descubrir su

esmeralda. Como era un hombre que había apostado por su Leyenda Personal, el viejo decidió intervenir. Se transformó en una piedra, que rodó sobre el pie del *garimpeiro*. Éste, con la rabia y la frustración de los cinco años perdidos, arrojó la piedra lejos. Pero la arrojó con tanta fuerza que chocó contra otra y se rompió, mostrando la esmeralda más bella del mundo.

—Las personas aprenden muy pronto su razón de vivir —dijo el viejo con cierta amargura en los ojos—. Quizá también sea por eso que desisten tan pronto. Pero así es el mundo.

Entonces el muchacho se acordó de que la conversación había empezado con el tesoro escondido.

—Los tesoros son levantados de la tierra por los torrentes de agua, y enterrados también por ellos —prosiguió el viejo—. Si quieres saber sobre tu tesoro, tendrás que cederme la décima parte de tus ovejas.

—¿Y no sirve una décima parte del tesoro?

El viejo se decepcionó.

—Si empiezas por prometer lo que aún no tienes, perderás tu voluntad para conseguirlo.

El muchacho le contó que había prometido una parte a la gitana.

—Los gitanos son muy listos —dijo el viejo con un suspiro—. De cualquier manera, es bueno que aprendas que todo en la vida tiene un precio. Y esto es lo que los Guerreros de la Luz intentan enseñar.

El viejo le devolvió el libro.

—Mañana, a esta misma hora, me traes aquí una décima parte de tus ovejas. Y yo te enseñaré cómo conseguir el tesoro escondido. Buenas tardes.

Y desapareció por una de las esquinas de la plaza.

EL MUCHACHO intentó leer el libro, pero ya no consiguió concentrarse. Estaba agitado y tenso, porque sabía que el viejo decía la verdad. Se fue hasta el vendedor y le compró una bolsa de palomitas, mientras meditaba si debía o no contarle lo que le había dicho el viejo. «A veces es mejor dejar las cosas como están», pensó el chico, y no dijo nada. Si se lo contaba, el vendedor se pasaría tres días pensando en abandonarlo todo, pero estaba muy acostumbrado a su carrito. Podía evitarle ese sufrimiento.

Comenzó a caminar sin rumbo por la ciudad, y llegó hasta el puerto. Había un pequeño edificio, y en él una ventanilla donde la gente compraba pasajes. Egipto estaba en África.

—¿Quieres algo? —preguntó el hombre de la ventanilla.

—Quizá mañana —contestó el chico alejándose. Sólo con vender una oveja podría cruzar hasta el otro lado del estrecho. Era una idea que le espantaba.

—Otro soñador —dijo el hombre de la ventanilla a su ayudante, mientras el muchacho se alejaba—. No tiene dinero para viajar.

Cuando estaba en la ventanilla el muchacho se había acordado de sus ovejas, y sintió miedo de volver junto a ellas. Había pasado dos años aprendiéndolo todo sobre el arte del pastoreo: sabía esquilas, cuidar a las ovejas preñadas, protegerlas de los lobos. Conocía todos los campos y pastos de

Andalucía. Conocía el precio justo de comprar y vender cada uno de sus animales.

Decidió volver al establo de su amigo por el camino más largo. La ciudad también tenía un castillo, y decidió subir la rampa de piedra y sentarse en una de sus murallas. Desde allí arriba se podía ver África. Alguien le había explicado en cierta ocasión que por allí llegaron los moros que ocuparon durante tantos años casi toda España. Y el muchacho detestaba a los moros. Además, habían sido ellos los que trajeron a los gitanos.

Desde allí podía ver también casi toda la ciudad, inclusive la plaza donde había conversado con el viejo.

«Maldita sea la hora en que encontré a ese viejo», pensó. Había ido solamente a buscar a una mujer que interpretase sueños. Ni la mujer ni el viejo concedían importancia al hecho de que él era un pastor. Eran personas solitarias, que ya no confiaban en la vida, y no entendían que los pastores terminaran aficionándose a sus ovejas. Él conocía los detalles de cada una de ellas: sabía cuál cojeaba, cuál tendría cría dentro de dos meses, y cuáles eran las más perezosas. Sabía también cómo esquilas y cómo matarlas. Si se decidiera a partir, ellas sufrirían.

Comenzó a soplar el viento. Él conocía aquel viento: la gente lo llamaba Levante, porque con él llegaron también las hordas de infieles. Hasta que conoció Tarifa nunca había imaginado que África estuviera tan cerca. Eso suponía un gran peligro: los moros podían invadirnos nuevamente.

El Levante comenzó a soplar más fuerte. «Estoy entre las ovejas y el tesoro», pensaba el mucha-

cho. Tenía que decidirse entre una cosa a la que se había acostumbrado y una cosa que le gustaría tener. Estaba también la hija del comerciante, pero ella no era tan importante como las ovejas, porque no dependía de él. Hasta era posible que ni se acordara de él. Tuvo la seguridad de que si no aparecía dentro de dos días, la chica ni siquiera lo notaría; para ella todos los días eran iguales y cuando todos los días parecen iguales es porque las personas han dejado de percibir las cosas buenas que aparecen en sus vidas siempre que el sol cruza el cielo.

«Yo abandoné a mi padre, a mi madre y el castillo de mi ciudad. Ellos se acostumbraron y yo me acostumbré. Las ovejas también se acostumbrarán a mi ausencia», pensó el muchacho.

Desde allá arriba contempló la plaza. El vendedor de palomitas continuaba vendiendo sus pape-linas. Una joven pareja se sentó en el banco donde él había estado conversando con el viejo y se dio un largo beso.

«El vendedor de palomitas», dijo para sí sin completar la frase. Porque el Levante había comenzado a soplar con más fuerza y él se quedó sintiendo el viento en el rostro. El viento traía a los moros, es verdad, pero también traía el olor del desierto y de las mujeres cubiertas con velo. Traía el sudor y los sueños de los hombres que un día habían partido en busca de lo desconocido, de oro, de aventuras... y de pirámides. El muchacho comenzó a envidiar la libertad del viento, y percibió que podría ser como él. Nada se lo impedía, excepto él mismo. Las ovejas, la hija del comerciante, los campos de Andalucía no eran más que los pasos de su Leyenda Personal.